





PROGRAMA

de la

Inauguración del Monumento

Recuerdo de la inauguración del  
monumento a Monseñor doctor don  
Luis Lasagna, fundador del Cole-  
gio Pío y Superior de las Misiones  
Salesianas del Uruguay, Brasil y  
Paraguay. :: :: :: :: :: :: :: :: :: ::

Villa Colón, Abril 25 de 1915.

- 1. - Preámbulo por la Honorable Junta Directiva del Colegio Pío.
- 2. - Himno a Monseñor Lasagna, cantado por los alumnos.
- 3. - Discursos por los Colegios Salesianos, con acompañamiento de la Banda.
- 4. - Discursos por el Dr. D. Luis P. Lasagna, a nombre de los ex-alumnos del Colegio Pío.
- 5. - Discursos por el Sr. R. Director del Colegio D. Juan de Dios Méndez, en nombre de los Salesianos del Uruguay.
- 6. - Representación de los Colegios y Misiones de Brasil, por el Sr. P. D. Pablo González, en nombre de los Salesianos.
- 7. - Representación de la Federación de la Juventud Católica del Uruguay, por el Sr. D. Antonio G. Briceno.
- 8. - Discursos por el Sr. D. Juan P. de los Ríos, en nombre de la Junta Directiva del Colegio Pío.
- 9. - Himno, por la Banda.

MONTEVIDEO

Imp. LA RURAL, calle Florida, 1474 y 1486

1915

PROGRAMA

de la

Inauguración del Monumento

a

Monseñor Dr. D. Luis Lasagna

---

Colegio Pío, Abril 25 de 1915

---

A las 3 p. m.

---

- 1.º — *Prelusión por la Banda de los TALLERES DON BOSCO.*
- 2.º — *Himno a Monseñor Lasagna, cantado por los alumnos de los Colegios Salesianos, con acompañamiento de Banda.*
- 3.º — *Discurso por el Dr. D. Luis P. Lengua, a nombre de los ex-alumnos del Colegio Pío.*
- 4.º — *Discurso por el R. P. Director del Colegio, D. Juan de Dios Moratorio, en nombre de los Salesianos del Uruguay.*
- 5.º — *Representación de los Colegios y Misiones del Brasil, por el R. P. D. Pablo Consolini, en idioma portugués.*
- 6.º — *Representación de la Federación de la Juventud Católica del Uruguay, por el Sr. D. Avelino G. Brena.*
- 7.º — *Discurso por el Dr. D. Juan Zorrilla de San Martín.*
- 8.º — *Marcha, por la Banda.*

# MONSEÑOR LUIS LASAGNA

Fallecido el 6 de Noviembre de 1895

## I

Consummatus in brevi explevit tempora multa.

*Sap. C. 4. V. 5.*

Cayó de improviso la fatídica noticia; y aunque nos llenó de espanto, no la queríamos creer: nos parecía que no podía morir.

¡Cómo!... ¿ya no existe?... él, que corría a pasos de gigante por los caminos de la vida haciendo el bien?... ¿él, que estaba en la plenitud de la existencia y de la madurez apostólica, lleno de hermosos ideales y de magnos proyectos, con la esperanza de realizarlos todos y en breve plazo, dada su inmensa actividad y el feliz éxito de sus gestiones, empeños y sacrificios? ¡Cuántas fundaciones le debían su existencia y cuántas no hubiera realizado con su poderosa iniciativa!

Por eso lo sentimos y lloramos como un desastre, como una pérdida irreparable.

¡Qué figura tan simpática, insinuante y afable! Era un verdadero carácter de temple apostólico y digno hijo de Don Bosco: tenía celo, actividad, energía, constancia, ilustración vasta y persuasiva, tacto y tino para el conocimiento de las personas, de las circunstancias y de las cosas. Con un vigor de atleta robusto e infatigable, estaba siempre en actividad como una locomotora sin freno. Trabajaba sin cesar, comunicando aliento a cuantos le rodeaban; nunca se arredraba por las dificultades, que antes bien servían para agigantar su carácter enérgico y resuelto. Siempre en movimiento, parecía tener el don de ubicuidad, pues de tal manera se multiplicaba; ya recorría el vasto e inmenso Brasil o ya estaba en el Paraguay sin dejar de atender las numerosas fundaciones del Uruguay, campo primero y predilecto de su actividad y misión.

¡Y este hombre ha muerto?... ¡Ah! murió como podía morir un apóstol infatigable, asombroso... de repente, sorprendido en el camino de sus fundaciones, meditando muchas

otras, murió en el ejercicio pleno de su vida apostólica, rodeado de operarios que conducía a la labor. Murió como había vivido... de prisa.

Como si sospechara que en breves años se consumiría su preciosa existencia, *consummatus in brevi*, procuró con su prodigioso celo y actividad llenar tiempos prolongados, *explevit tempora multa*. Por eso era ya muy agradable al Señor su alma, *placita enim erat Deo anima illius*; y quiso premiarle con una muerte prematura. ¡Tanto bien había hecho!

Y en verdad, el eco de su muerte ha resonado como la de un apóstol. Tendido sobre el sepulcro, vive en sus obras y habla con sus virtudes: *defunctus, adhuc loquitur*.

Hay muertos que no caben en la tumba, porque ésta se convierte en el pedestal de su gloria; hay existencias que la muerte no puede tronchar sino de sorpresa, porque su actividad no tiene descanso, ni interrupción. Así Monseñor Luis Lasagna fué apóstol infatigable hasta el fin. ¿Y mártir? La causa de su muerte fué criminal; y ese crimen no pudo ser cometido sino en odio a su misión y apostolado; por tanto, ha sido mártir con sus compañeros de labor apostólica.

¡Ah! si tiene la corona del martirio, será un poderoso intercesor para la Congregación Salesiana y rogará por nosotros. ¡Consolémonos!...

Pero ¿nada más debemos a su ilustre y santa memoria? Sí: algo más nos merece. El Colegio Pío de Villa Colón fué como el centro de sus operaciones evangélicas y como la cuna de su apostolado. Allí, pues, debe erigirse un monumento que en el bronce y en el mármol pregone, así sus virtudes y gloria, como nuestra gratitud. Una apoteosis monumental con el óbolo de las tres Repúblicas que benefició y honró con su apostolado, y con esta inscripción: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa*.

Noviembre de 1895.

† MARIANO,  
Obispo de Montevideo.

## I I

Los discípulos de Monseñor Lasagna deben clasificarse en dos grupos: la juventud que recibió directamente sus enseñanzas de maestro, y los hombres que recogieron consejos y

ejemplos frecuentando el trato de aquel prelado ilustre. El autor de estas líneas pertenece al segundo grupo.

No puedo precisar el día en que conocí a Monseñor Lagna; pero después de su muerte, me parece que lo hubiera conocido durante toda la vida. Unidos por esperanzas y propósitos comunes en un período de lucha y de prueba, creo que nos encontramos sin que nadie nos presentara. La gracia de que estaba dotado para apoderarse de los corazones, hizo que entrase en el mío sin que yo supiera cómo.

No era entonces el gran dignatario en cuya persona llora la Iglesia a uno de sus príncipes. Era simplemente Director del Colegio Pío de Villa Colón, casa destinada a dar tres obispos salesianos, contándole a él mismo en el número, y los principales directores de los colegios de la Orden, extendidos hoy por América.

Su presencia física, antes de llevar la indumentaria episcopal que solemniza el aspecto de las personas, no ofrecía rasgos sorprendentes. Era de estatura elevada y porte sencillo. La propensión sanguínea de su temperamento se reflejaba sobre el color del rostro, acentuando la expresión de los ojos azules, y el relieve rojizo del cabello.

Había nacido orador, circunstancia que le obligaba a reprimirse en todo momento, pues le sobaban palabras. Pero cuando las dejaba correr, en la conversación particular o en el discurso, salían como un torrente, empujándose unas a otras las frases hechas. Cierta día me trazó la silueta de un tribuno italiano cuya fuerza estribaba en la verbosidad, y oyéndole, vacilaba en darme cuenta cuál de los dos era superior, el retratista o el retratado.

Jamás se supo que no le preocupasen diez o doce asuntos de importancia trascendental. Uno sólo habría sido poca cosa para aquel espíritu devotado al servicio del pueblo, con la persistencia de un apóstol. Así es que su programa de trabajo semejaba una creación fantástica, y sus itinerarios de marcha abarcaban los continentes y el Océano.

Daba citas y señalaba conferencias para el mes próximo en Paysandú, para cuatro meses más tarde en Río Janeiro, de vuelta de la Asunción del Paraguay, y para los primeros días del año siguiente, en Montevideo, de vuelta de Italia, donde debía reclutar cooperadores y predicar sermones instruyendo

masas de inmigrantes. Todo ello si Dios quiere, agregaba sonriendo. Pero la última vez Dios no lo quiso.

Según lo que sabemos de Don Bosco, Monseñor Lasagna era fiel trasunto de aquel maestro de santidad activa. Venía las contrariedades, provocándolas. Cuando iba mal un colegio salesiano, fundaba otro más distante. Si esa coexistencia dificultaba la situación, acometía dentro de los radios rebeldes la fundación de escuelas primarias y talleres para niños obreros. Por este procedimiento contrario a todo cálculo humano, nunca se retiró vencido de ninguna parte.

La investidura episcopal transformó exteriormente su persona, quitándole ese aspecto juvenil que es peculiar de los salesianos, pero el hombre interior permaneció idéntico, con su gran corazón abierto a todas las expansiones nobles. Por eso sus amigos nos enorgullecíamos de aquel aumento de honra, que al levantarlo sobre la multitud nos lo dejaba íntegro en el afecto.

Sus funerales han sido la recompensa del justo sobre la tierra. Bajo las bóvedas de los templos de la República, aglomerados en piadosa actitud los representantes del presente y del porvenir, hombres de todas las clases sociales y niños de todas las escuelas salesianas, han subido hasta Dios las oraciones de un pueblo por él.

FRANCISCO BAUZÁ,  
Senador.

Noviembre de 1895.

### III

Era un hombre excepcional, de esos pocos que vienen al mundo con todas las condiciones especiales para abrirse camino, doquier posan su planta, e iluminar la vía que recorren con los rayos de su inteligencia.

La naturaleza le había dado la fuerza física necesaria para resistir la fatiga del trabajo, y Dios había puesto en su cerebro la divina luz.

Llegando a este país sin más elementos que su fe y su talento, sembró de establecimientos de educación los diversos Departamentos de la República, y pareciéndole estrecho cam-

po la parte Oriental del majestuoso río, extendió su acción hasta los pueblos más apartados del Brasil y del Paraguay, internándose en sus desiertos bosques.

Yo le conocí cuando llegó y fundó el Colegio Pío en Villa Colón, y tuve ocasión entonces de conocer sus ideas y apreciar su valer.

Eramos viejos amigos y amigos sinceros.

Muchas veces, en las tardes de verano, cuando salía a recorrer aquellas verdes alamedas, divisaba bajo los árboles, en las entonces solitarias calles de eucaliptus, la silueta de un sacerdote que se paseaba con el breviario en la mano, absorto en la lectura de sus páginas.

Era el padre Lasagna, que después de la tarea diaria dedicaba a la oración las horas que le quedaban libres.

Una verdadera simpatía había nacido entre nosotros desde que nos habíamos conocido, y con ese placer que se experimenta al encontrar un amigo, yo bajaba del caballo y él dejaba su lectura para estrecharnos la mano y hablar largo rato sobre todas las cuestiones, que interesan al porvenir de los pueblos y especialmente al nuestro.

Siempre le hallé en el buen camino.

Con una fe religiosa pura y sincera, tenía la rara virtud de la tolerancia.

No era el fanático que no transige: era el espíritu conciliador que con la brillantez de su talento y la dulzura de su palabra trataba de infiltrar en el corazón la doctrina que predicaba.

Por eso era de todos querido y respetado, y por eso su muerte ha sido tan hondamente sentida por todos los que tuvieron la dicha de tratarle.

La religión ha perdido un apóstol, el país un elemento de progreso, los pobres y desvalidos la mano cariñosa que les prestaba apoyo, y Villa Colón el obrero más abnegado.

Como el guerrero, en el campo de batalla, muere defendiendo la causa sagrada de la patria, él ha muerto en el trabajo duro a que se había consagrado, propagando la religión que profesaba, librando esas batallas sin sangre, en las que no se esgrimen otras armas que la palabra para hacer triunfar la fe contra el descreimiento y la duda, volviendo el bien por el mal, iluminando el alma oscura, fundando escuelas y ta-

lles, y preparando las generaciones nuevas para la labor del porvenir.

El, como San Ignacio, decía:

“Qui Christum profitentur se amare non modo ex iis quæ dicunt, sed ex iis quæ faciunt, cognoscantur; ex fructibus enim arbor dignoscetur.”

Dios premiará sus virtudes.

DOCTOR JOSÉ M.<sup>a</sup> CASTELLANOS.

Noviembre de 1895.

#### IV

¡Monseñor Lasagna ha muerto!

Ha llegado, pues, la noche para los hijos del padre amado.

Fué tan rudo el golpe, que las fuentes del dolor se secaron; los ojos no han vertido una sola lágrima, sólo suspiros brotan del fondo del corazón.

Una corona fúnebre dedicarán sus hijos a la simpática memoria de aquel varón ejemplar, rico en virtud y doctrina; y uno de tantos, corro también presuroso a depositar la flor de mis recuerdos ante la sombra venerada del que para mí fué padre amoroso, venerado maestro y amigo sincero.

Pude estudiar a aquel hombre evangélico desde sus primeros pascos en América, y debo confesar que nunca me he causado de ponderar y de admirar su exquisita santidad, su saber profundo, su incansable tesón en llevar la luz de la fe allí donde sólo existían las tinieblas del mal.

En sus mayores decepciones, en sus grandes desencantos y tristezas, levantaba la frente y el corazón, y siguiendo los consejos del Profeta, servía al Señor con alegría.

Con admirable delicadeza sabía atraerse el corazón de todos los que tenían la dicha de tratarle y más aún el de sus discípulos, los que abandonábamos muchas veces los juegos y placeres infantiles, por ir prendidos de su brazo y pendientes de sus labios, por aquellos queridos corredores del Colegio Pío, extasiados en su conversación amena, que variaba desde las cuestiones más serias y de verdadero interés científico, hasta los tiernos relatos de la preciosa vida de Don Bosco.

Simpático, afable, cariñoso hasta la ternura, atrayente como un imán, virtuoso como pocos, sabio como el que más, así era Monseñor Lasagna.

Han pasado muchos años, pero los recuerdos de mi vida en el Colegio Pío jamás se borrarán de mi mente.

¡Con cuánto amor y ternura no recibía las confesiones infantiles de sus hijos! ¡Con cuánta amabilidad y cariño no infundía en el alma el amor grande a Jesucristo y el horror al pecado!

¡Oh tú, que recibiste también las mías, que diste más de una vez suave refrigerio a mi espíritu cansado y enfermo, que me hiciste comprender lo grande y lo noble abriéndome tu corazón, acuérdate de mí hoy que estás en el Paraíso!

Una palabra más, y quedará débilmente bosquejado Monseñor Lasagna como padre afectuoso y tierno. Amaba a todos sin excepción. Pendiente de sus labios estaba siempre una frase cariñosa, una palabra de aliento que prodigaba de un modo encantador.

Fué, como maestro, un hombre nutrido de ciencia, revelándose en él una preparación poco común. Cerebro bien preparado para la concepción y la creación, trasmitía con sencillez sus ideas y cultivaba con lucimiento las jóvenes inteligencias de sus discípulos.

No descansaba en hacer comprender a éstos que la verdadera ciencia debe tener por base y fundamento a Dios, porque sólo en Dios existe la verdad.

Cuantas veces los áridos estudios abatieron nuestros ánimos, cubriendo con decepciones y tristezas nuestros juveniles horizontes, siempre encontramos en el maestro cariñoso, el bálsamo suave del consuelo, que trocaba aquéllas en esperanzas y éstas en alegrías.

Considerado como amigo, difícilmente se encontraría mano más cariñosa ni pecho más franco.

Una vez separado el discípulo del maestro, vinculábanse más los lazos de la amistad que se cultivaba con esmero, interesándose tanto él en la vida de los que fueron sus hijos y hoy eran sus amigos, como éstos en la vida del padre, del maestro y del que hoy era su mejor amigo.

Como amigo cariñoso, corrió solícito a bendecir mi unión con la que Dios me deparaba por compañera. Bendición fe-

cunda que ha hecho de mi esposa un ángel de ternura y de cariño, que comparte conmigo las alegrías y tristezas de la vida, y que ha tenido como simpática recompensa también un serafín de amor que será, Dios mediante, un trasunto fiel de las exquisitas virtudes de su madre.

Hija mía: ya no podrás recibir la bendición de aquel sacerdote de Dios, que tanto te enseñé a querer.

¿Fué Monseñor Lasagna algo más que padre, maestro y amigo?

Sí. Era un Apóstol.

Apóstol de la verdad, apóstol de Jesús. Fué siempre uno de los más celosos operarios del Padre de familias.

Comprendiéndolo así, el Vicario de Cristo en la tierra confirióle la plenitud del sacerdocio y no hace aún tres años festejábamos en aquel colegio de simpáticos recuerdos, tan fausto acontecimiento.

Fué desde entonces su vida mucho más activa, no tenía un momento de descanso por llevar la fe a las regiones más abandonadas de la mano de la civilización y del progreso; parecía presentir su fin y quería presentarse al tribunal terrible de Dios con las manos repletas de buenas obras.

Partía a sus misiones con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo y celo que los Apóstoles, ilustrando a todos los pueblos por donde transitaba con la luz del Evangelio, sin temor en el corazón, y con un amor sin límites por la humanidad que tanto amara su divino maestro.

Como un soplo, como un relámpago ha desaparecido esa bella existencia; ahí, entre los escombros, en un sepulcro lúgubre y frío, un montón de moléculas desorganizadas, un puñado de barro; allá en las regiones eternas, gozando en la presencia de su Señor, un alma grande.

Alabado sea Dios, que le hizo conocer los caminos de la vida y le ha henchido de gozo con su presencia.

DOCTOR LUIS PEDRO LENGUAS.

Noviembre de 1895.

« Escuché entonces una voz que venía del cielo: esa voz  
» era como el sonido de muchas arpas tocadas por artistas. Y  
» ellos cantaban una canción desconocida; y nadie más puede  
» cantar esas canciones que aquellos que no están manchados  
» porque son vírgenes. *Esos son los que siguen al Cordero por*  
» *doquiera que va: ellos han sido rescatados de entre los*  
» *hombres para ser las primicias ofrecidas a Dios . . . »*

APOCALIPSIS.

Los dos sentimientos que señorean al hombre, la paternidad y el amor, son inferiores a la abnegación del alma que se entrega a Dios, para hacer el bien de sus semejantes, enseñándoles el camino de la virtud.

Ese sacrificio es superior a la eternidad, porque hasta cierto punto, a la eternidad se renuncia adjurando el amor... ¿Qué son los acontecimientos de este mundo? El tiempo se los lleva en sus ráfagas del olvido.

La obra del *hombre de Jesucristo* es imperecedera.

Desde Jesucristo a León XIII, los pueblos más grandes, los varones más ilustres, las obras del pensamiento que son el asombro de los siglos, han llevado en su esencia calor apostólico como condición de su bondad... Lasagna era de los que siguen por doquiera a la oveja descarriada.

En esa tarea ha muerto, regando con su sangre inocente el suelo que iba a convertir en tierra de promisión...

Sobre las trazas rojas de esa sangre, la civilización se ha de deslizar como por sobre rieles hacia el corazón de esa virgen zona de América, hacia donde se dirigía...

Está bien que lloremos la *ausencia* de Don Lasagna, porque los Hércules que han de realizar los doce trabajos de la perfectibilidad humana son muy escasos en nuestros días; pero llorarlo muerto, es una puerilidad, porque Lasagna vive en sus obras, en esos talleres que roban a las cárceles, a los manicomios y a los hospitales el tributo forzoso que les pagan la miseria y la ignorancia, y vive como en un trono en el corazón de los que fueron sus discípulos.

¡Bienaventurados los que renunciando a la felicidad de Abraham, contarán en el seno de la gloria, como sus hijas predilectas, las almas que han dado a Dios!

CÁNDIDO E. IRAZUSTA.

Noviembre de 1895.

VI

SAL AGNIS

Aunábanse en Monseñor Lasagna todas las virtudes del cristiano y todos los entusiasmos del hombre de ciencia y de progreso.—La austeridad de una vida de labor constante y perpetuo sacrificio de sí mismo, se revestía en él con esas galas de jovialidad y benevolencia que atraen y subyugan.—Todos los que hemos tenido la ventura de conocerle, guardaremos su memoria venerada y querida, en esa región predilecta del alma, en donde recogemos el escaso tesoro de lo bueno y lo bello encontrado en el camino; santuario en el cual quemamos el incienso del recuerdo ante la imagen de los seres queridos, arrebatados a nuestro cariño, y de aquellos que, como Monseñor Lasagna, han pasado, irradiando en torno suyo las luces de su espíritu y derramando sobre las llagas vivas el bálsamo de su inefable caridad.

Hay una manera de amor filosófico que se cree tributar a Dios, radicándolo en un vago ideal, creación del propio espíritu. Sin permitirnos dudar de su sinceridad, compadezcamos a los que así no se aman en realidad sino a sí mismos y, aislados en su famosa “torre de marfil”, hacen alarde de un soberano desprecio por la humanidad.

En Monseñor Lasagna, el amor de Dios se traducía por su verdadera forma activa, que es el amor de los hombres. Su vida entera fué consagrada al ejercicio de tan sublime misión sacerdotal, y en esa naturaleza exquisita, todo, alma y cuerpo, —tanto el espíritu lleno de luz y el corazón desbordante de amor y de ternura, como su mismo aspecto exterior; esa fisonomía expansiva, jovial, abierta, ese hablar animado y elocuente, esos ojos de expresión tan inteligente como bondadosa;—todo parecía predispuesto providencialmente para un apostolado fecundo.

Como lo fué en efecto, lo dicen con elocuencia sus numerosas fundaciones.

¡Cuánto aún le restaba por hacer!... Inclinémonos ante el misterio de los designios providenciales.

Ante tales golpes, ninguna ciencia, ninguna filosofía alcanza a la sublimidad de la oración de Cristo: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo".

ENRIQUE LEGRAND.

Noviembre de 1895.

## VII

Monseñor Luis Lasagna como el divino maestro amó a los niños, a los humildes, a los desgraciados; pasó por el mundo practicando la virtud con la palabra y con el ejemplo. Fué apóstol por el ardor de su fe, por el temple de su carácter, por la inagotable bondad de su corazón.

DOCTOR LUIS PIÑEIRO DEL CAMPO.

Noviembre de 1895.

Discurso pronunciado por el ex-alumno doctor don Luis P. Lenguas en el acto de la inauguración del monumento, el 25 de Abril de 1915.

Señores:

Me encuentro subyugado por un mundo de recuerdos y casi diría que me considero incapaz, de dar forma tangible a las ideas que acuden en tropel a mi mente, en estos momentos de verdadera emoción para los que hemos vivido en las Casas Salesianas; donde se arrullaron los ensueños de nuestra juventud, las horas risueñas de nuestros días primaverales; donde pasaron envueltas entre perfumes de esperanzas nuestras infantiles ilusiones.

Quisiera poseer las dotes de un orador insigne, para cumplir en forma digna y con frase galana, la simpática misión que me han marcado mis amigos, los ex-alumnos salesianos, la de entregar en custodia, a los actuales profesores de este Colegio, este hermoso monumento que ostenta la figura de

Monseñor Lasagna, aquel varón ilustre, aquel obrero incansable, que pasó entre nosotros como una exhalación y dejó flotando en el ambiente el recuerdo glorioso de sus grandes virtudes y de sus grandes energías.

Nunca en mejores manos que en las vuestras, incansables obreros también, puesto que habéis bebido en las mismas fuentes la inspiración de vuestros anhelos y aspiraciones, puesto que habéis estudiado en la misma escuela y aprendido como él, de vuestro santo fundador, cual es el camino del deber, la abnegación y el sacrificio.

Al inaugurar este monumento podemos descansar tranquilos, en la convicción que realizamos un acto de alta justicia a sus méritos y de gratitud por sus grandes servicios; en una palabra, que pagamos en forma modesta, sí, pero sincera, sus grandes sacrificios, con un sentimiento noble que nace del fondo del corazón, como nacen todas las obras generosas.

No se podía haber elegido, señores, una forma más práctica de perdurar su memoria; el granito y el bronce, símbolo de sus energías y de su tezón indomable, han de legar a las futuras generaciones, con caracteres imborrables, los rasgos más salientes de su descollante personalidad, de aquella cabeza genial, de aquel corazón lleno de generosos impulsos, de aquel espíritu incansable, que cual vertiginoso torbellino, va de nación en nación y de pueblo en pueblo, derramando con mano generosa la semilla del bien y asentando sobre la sólida base de sus cristianas convicciones el gran edificio de regeneración social, en que está empeñado con aquel puñado de héroes, que comparten con él, los sacrificios y los sinsabores de la vida.

No se podía haber elegido, tampoco, un sitio más apropiado para levantar este monumento, pues como decía, nuestro nunca bien llorado, primer Arzobispo Monseñor Soler, "el Colegio Pío fué el centro de sus operaciones evangélicas y como la cuna de su apostolado. Allí, decía, allí en el Colegio Pío debe erigirse un monumento que en el bronce y el mármol, pregone, así sus virtudes, como nuestra gratitud".

Yo me imagino, señores, con cuanto entusiasmo, con cuanto gusto, hubiera hecho oír su voz en esta reunión nuestro queridísimo Monseñor Soler; con cuanto placer hubiera visto realizada esta aspiración de su espíritu noble y generoso, pagando así una deuda de gratitud hacia ese obrero de primera

fila que tanto cooperó en su diócesis al progreso de la causa y al bien de las almas.

Como decía, señores, este fué el centro de sus actividades, la cuna de su gloria.

Aquí está bien Monseñor Lasagna.

Fué breve su vida, pero grande su labor.

Su muerte temprana nos hace inclinar reverentes ante los designios de Dios y nos hace pensar que, por encima y debajo de la acción libre del hombre, está la acción soberana y transparente de la Providencia.

Fué elegido por Dios e inspirado por El, para realizar su grande obra y dar cima a sus gigantescas empresas. Y lo fué, porque, la inspiración es el oculto y divino instrumento que usa la Providencia, cuando se digna servirse de los hombres, para preparar o realizar una parte de sus planes.

Y le inspiró y le impulsó a través de los mares y a través de las selvas; grabó en su frente el sello de la verdad; le confirió el don de gentes que subyuga y atrae, y la verdad, la dignidad y el saber fueron el bagaje con que luchó y triunfó en todas sus empresas.

Pasarán los años, pero, el recuerdo de su memoria no pasará; el sello impreso a su obra quedará como el reflejo de una estela luminosa y su ejemplo ha de servir a muchos de guía en pos de su labor incansable y, no lo dudéis, cada vez que la Congregación Salesiana, en estas Repúblicas, más que un nuevo jalón de progreso, llevará impreso el sello de sus primeros impulsos y llevará también el de la franca y benéfica protección que ha de prestarles, desde su sitio de gloria.

No sé quien ha dicho que, para los que aman a Dios de veras, no había en todas las lenguas más verbo que este: convertir. Por eso todos los santos se han consagrado a la conversión de los pecadores y por eso Monseñor Lasagna, ardiendo en el fuego de amor que irradiara el paternal corazón de su santo fundador, escribió también en el suyo con caracteres de oro, el lema predilecto de Don Bosco: *Dadme almas y quitadme lo demás.*

Llegaba hasta el fondo de los corazones, movía las almas, les daba luz, las transformaba y todo ello lo conseguía por los encantos de su palabra persuasiva, por la simpática expresión de sus ademanes nobles y dignos, por el fuego que irra-

diaba de su mirada penetrante y bondadosa. Sí, todo ello lo conseguía por esa gracia divina que la fe y el amor hacen sobreaundar en los elegidos.

Hay hombres que providencialmente se destacan; unos ilustran con producciones del espíritu, sus obras son un poema, su vida una poesía; otros cuya obra es una realidad, un materialismo necesario; otros inventan principios filosóficos transformadores, que producen grandes trastornos en las ideas; hay quien inventa mundos fantásticos, poemas, imágenes, por vaciar en lágrimas de compasión y nobles sentimientos el pecho humano; hay quien inventa fuerzas físicas, capaces de levantar una montaña bajo la presión del brazo de un niño; hay quien inventa lo bello en la forma, para contener la belleza suprema en la idea.

Pero, hay otra belleza suprema, por encima de toda magnificencia, que conduce a las sublimidades de un amor divino, único, incomparable; que aleja el espíritu de los halagos de la vida, que desafía la muerte en el camino del sacrificio.

De esos héroes tiene nuestra religión muchos ejemplares, en el número de esos héroes se encuentra Monseñor Lasagna.

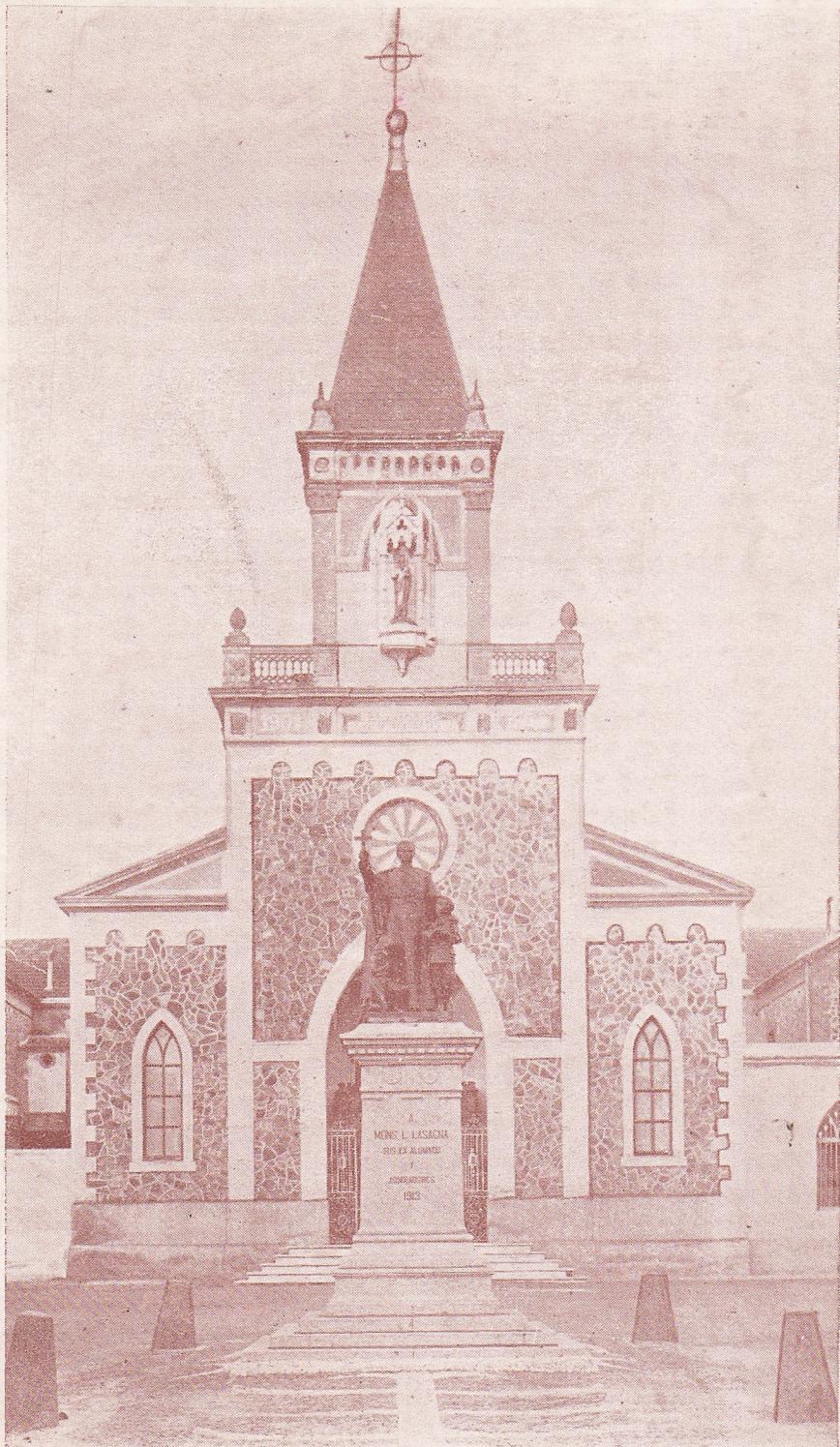
El se renunció a sí mismo por seguir a Jesucristo, y para caminar por sus huellas cargó con su cruz.

Así como cae el abanderado en el campo de batalla, luchando por su patria, envuelto en los girones de su bandera, así cayó él también, cubierto por los laureles que buscaba para la causa de su Dios.

He dicho.

---





A  
MONTE E. LLASAGNA  
1819 EX ALMAYOR  
Y  
1892